

CULTURA Y CULTURAS A LA LUZ DE LA «GAUDIUM ET SPES»

La Iglesia, como sociedad humana visible, sigue el curso (le la historia llevando consigo el Verbo de Dios, salvación para todos los hombres, de todas las culturas. Puede fácilmente suceder que el lenguaje de la Iglesia, sobre todo cuando habla al hombre y del hombre, no concuerde con las expresiones propias del mundo, que vive en las condiciones históricas de una civilización. Por esto es necesario que la Iglesia pueda comprender el dinamismo interno de la cultura en todo tiempo para poder dialogar con el mundo actual.

Cultura e cultura alla luce della «Gaudium et Spes», Sapienza, 20 (1967) 17-29

RELACIÓN IGLESIA Y CULTURA

La Iglesia, al entrar en diálogo con el mundo, se encuentra inevitablemente frente al fenómeno humano de la cultura o de las culturas. De hecho, el objeto y el fin de todo coloquio es el hombre, su bienestar, su desarrollo, su salvación humana y divina. Sin embargo, el bien del hombre, en toda su amplitud, no es una entidad abstracta, sino una realidad bien concreta que debe realizarse en el orden existencial. El hombre con el que la Iglesia busca el diálogo en vistas a su salvación no es el hombre en su estado natural, sobre el que se basó largo tiempo la reflexión filosófica de tipo rousseauniano, sino el hombre concreto integrado en las múltiples relaciones sociales, el hombre que vive en una determinada cultura y aspira a la conquista de una cultura siempre más humana.

Todos los valores humanos, sean de orden material o intelectual, afectivo, moral o religioso, tienen una referencia cultural, forman parte de un determinado conjunto cultural y sólo pueden ser comprendidos a través de él.

Ni siquiera la Iglesia está inmune de este influjo cultural. También ella está compuesta de hombres que hablan un lenguaje, que se expresan en un arte, en una filosofía, en un modo de pensar y vivir; y también ella camina como sociedad humana visible a través de la historia llevando consigo el Verbo de Dios, salvación para todos los hombres, de todas las culturas y de todos los tiempos. En consecuencia, puede suceder fácilmente que el lenguaje de la Iglesia, sobre todo cuando ella habla al hombre y del hombre, no concuerde con el lenguaje del mundo, es decir, de los hombres que viven en las condiciones históricas de una civilización. El problema principal en todo diálogo es hallar un lenguaje común para aquellos que tienen la intención de iniciar un coloquio entre ellos.

El Concilio ha, captado la gravedad del problema, y en la Constitución "GS" ha dedicado un capítulo a la relación entre Iglesia y cultura. Aunque tal vez éste debería haber sido el primer capítulo, ya que el diálogo entre la Iglesia, depositaria del Verbo de Dios, y las culturas no es un problema como los otros, sino el fundamento que condiciona todos los demás.

La Iglesia no puede dialogar con el mundo actual, por ejemplo, sobre el modo de realizar mejor la vida matrimonial cristiana, la justicia social en las relaciones

económicas y sociales, la paz entre los pueblos, hasta que no tenga instrumentos de reflexión y de acción suficientemente elaborados para comprender el dinamismo interno de las culturas, la tensión que existe entre ellas y la aspiración siempre más profunda para llegar a la verdadera cultura humana.

Definición de la cultura

Reflexionando sobre la noción de cultura, e interpelando a las varias ciencias "culturales", nos encontramos frente a una infinidad de definiciones, según el punto de vista y la tendencia de los diversos autores. Pero en el abundante material descriptivo y analítico-científico, podemos descubrir una línea convergente que nos permite formular una idea bastante coherente de ese fenómeno humano que llamamos cultura.

La cultura, según la concepción actual de los entendidos, es un fenómeno inherente a toda existencia humana, y, por consiguiente, no existen hombres ni pueblos sin cultura. Esta no se aplica, solamente a las actividades superiores del hombre, a su creación artística, y a la reflexión científica, sino que se extiende a todas las actividades, del hombre que vive en una determinada comunidad, y crea con sus capacidades propiamente humanas las condiciones más favorables a su existencia individual y colectiva.

Así la cultura se define como un conjunto de costumbres, y de acciones que humaniza la existencia de los individuos y sus relaciones con la comunidad. Al campo de la cultura pertenece, en efecto, el hecho de que la institución familiar se ordene de un modo conforme con las exigencias de la continuación de la estirpe, de que las relaciones entre los hombres sean reguladas por normas jurídicas, de que la represión del delito sea eficaz y humana, de que la vida social disponga de un ritual que impregne los actos importantes de la existencia de un significado propiamente humano: los ritos de la iniciación, del matrimonio, de la muerte; y de que el espíritu humano tenga sus formas de expresión en el arte, en la comunicación poética, en la religión.

Todo esto puede reducirse a una sola fórmula: la cultura es la forma de vida humana plasmada por una comunidad. Es muy importante la interacción entre los individuos y la comunidad. Pero la raíz de toda cultura está en la personalidad de los individuos; por consiguiente, sus capacidades serán efectivamente creadoras a través de la existencia comunitaria. Toda cultura, en definitiva, expresa el esfuerzo de los hombres por realizar las capacidades virtuales, que están latentes en ellos.

Después de estas breves consideraciones, el texto conciliar se vuelve también más inteligible. "Con la palabra "cultura" se indica, en sentido general, todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales; procura someter el mismo orbe terrestre con su conocimiento y trabajo; hace más humana la vida social, tanto en la familia como en la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres e instituciones; finalmente, a través del tiempo, expresa, comunica y conserva en sus obras, las grandes experiencias y aspiraciones espirituales para que sirvan de provecho a muchos, e incluso a todo el género humano" (GS 53).

La cultura merece este nombre en la medida en que represente una perfección de la persona humana.

A causa de la tensión existente entre individuo, como capacidad creadora, y colectividad, como complejo de tradiciones y costumbres culturales, es preciso profundizar todavía más en aquellos factores de la cultura que hacen ciertamente que ésta mantenga cierta continuidad y opere una síntesis entre las aspiraciones individuales y las tradiciones comunitarias.

Factores de la cultura

Las aspiraciones humanas que dan impulso al dinamismo cultural son, más o menos, análogas en todas partes. Las modalidades de la expresión y de las realizaciones efectivas de estas aspiraciones son, al contrario, múltiples.

Es imposible enumerar todos los factores que introducen variantes culturales entre los grupos humanos. Brevemente podemos señalar que éstos giran, sobre todo, en torno a las necesidades existenciales, así como también en torno a las condiciones objetivas que provienen de la configuración del territorio geográfico, de las condiciones físicas de los hombres que se constituyen en grupo, y, en fin, de las tradiciones que transmiten a las nuevas generaciones un determinado modo de vida.

Un elemento importante para el dinamismo cultural es la relación y el modo de sucesión que se observa entre las varias generaciones. La vida del grupo no puede nunca desarrollarse en el inmovilismo. Renovación y conservadurismo se alternan con diversa rapidez e intensidad en el seno de toda comunidad humana. Que el progreso se realice por tensiones y movimientos interrumpidos que estallan en revoluciones, o que la interferencia entre conservación y renovación se resuelva de modo fecundo, depende en gran parte de la movilidad social interna del grupo, que permita o no la fácil compenetración y la continua ósmosis de las generaciones más viejas y más jóvenes. La actual crisis de las generaciones, que se manifiesta con signos gravísimos no sólo en el ámbito de la civilización occidental, sino también en los países de Oriente (la Unión Soviética y China) y en las naciones pertenecientes al Tercer Mundo, es tal vez el fenómeno cultural más importante de nuestra época. Como un observador de los tiempos modernos ha notado, la lucha de clases, en los países donde el desequilibrio entre las situaciones sociales no es muy agudo, se encuentra sustituida por la lucha de las generaciones, no tanto en torno a los puestos de mando, como en torno a las diversas concepciones de la vida. Esta lucha es, en definitiva, una tensión propiamente cultural. Teniendo en cuenta que en el mundo actual se dan múltiples divisiones horizontales de la cultura y escisiones verticales entre las distintas generaciones, puede surgir la tentación de no creer en la unidad cultural de la humanidad y de preguntarse con angustia si existe un lenguaje común a todos los hombres sobre los problemas que deberían interesar a todos.

Después de haber reflexionado sobre la naturaleza y los factores de la cultura, se impone un profundizar en la *diversidad de las culturas y su dinamismo*, que las conduce a una mutua compenetración, y a un diálogo que permita descubrir ciertas orientaciones de convergencia en el camino hacia el destino común de la humanidad.

El texto conciliar destaca las transformaciones históricas de las culturas en las que el hombre, haciendo uso de las posibilidades naturales y espirituales que le ofrecen las

relaciones sociales permanentes y las instituciones, busca la realización de su bien (GS 53).

El influjo de una religión de dimensiones universales ha constituido por largo tiempo el principio de unidad de las grandes culturas. Así ha sucedido no sólo con el cristianismo, sino también con el Islam, el hinduismo, el budismo y en cierto modo con el confucionismo.

Estas áreas culturales, que dominaban en las respectivas religiones universales, poseían una visión homogénea del mundo, que indicaba los límites y las orientaciones, por ejemplo, de la búsqueda científica, y comportaba además una determinada posición frente a amigos y enemigos.

El desarrollo independiente de las ciencias naturales y humanas ha venido acompañado por un vasto movimiento de secularización, que ha impuesto a las culturas la obligación de revisar la validez de las propias posiciones, de integrar las nuevas conquistas del espíritu humano en una síntesis más amplia que admita diversas competencias en el campo del conocimiento y de la acción.

Hoy el dinamismo interno y externo de las culturas está condicionado principalmente por la idea de progreso, que se traduce en el lenguaje contemporáneo con el concepto de desarrollo. El progreso ha venido a ser, en cierto sentido, el valor-clave de la civilización. El hombre progresa en el camino de la socialización, aunque a diverso ritmo.

Debemos notar que la transformación y el desarrollo, que hoy es una realidad universal, no se reparten por igual. Si toda la humanidad está implicada en una transformación constante que sigue un ritmo acelerado, no todos los países, ni, en una misma comunidad, todos los sectores, poseen el mismo dinamismo. Este proceso es llamado por los sociólogos "el cambio diferencial del mundo".

La ruptura demasiado violenta con las tradiciones anteriores no siempre ayuda a la rapidez del desarrollo. La industrialización acelerada introduce una movilidad social que arranca a los individuos de sus sistemas sociales tradicionales, de los lazos con el clan y con la familia. El abandono de estos lazos les conduce a creer en los valores morales y sociales que antes estaban íntimamente conexos con dichas estructuras; pero no han creado todavía nuevas estructuras que sean capaces, en el plano humano, de ofrecer un apoyo a la persona que se ha vuelto libre, pero desorientada. El porvenir de las culturas y, con ellas, el de la humanidad depende del modo con que aquéllas y ésta encuentran un equilibrio entre las tradiciones y el progreso. Este equilibrio sólo se restaurará cuando los valores humanos que animaban las estructuras antiguas sean revalorizados de un modo capaz de animar también las nuevas.

En este momento de graves cambios culturales es necesario tener un profundo espíritu de discernimiento, con el fin de poder mantener un pleno respeto hacia los valores inmutables, unido a una gran perspicacia para sus aplicaciones. Los cristianos deben conseguirlo mediante la reflexión y la plegaria.

Universalidad de la cultura

Este espíritu de discernimiento llevará a descubrir en la gran variedad y en la continua transformación de las culturas, aquellas raíces comunes que, como punto de partida o encuentro, manifiestan la intención final *de* cada cultura.

En toda expresión cultural el hombre busca su humanidad, quiere realizarse mejor. He ahí el fundamento de todo diálogo entre las distintas culturas y también entre organismos más universales, como la Iglesia, capaces de integrarse en toda cultura. El cambio y el diálogo entre las diversas culturas es condición absolutamente necesaria para todo verdadero progreso. Sólo las culturas abiertas a las demás son capaces de progresar, de desarrollarse.

En el desarrollo cultural debemos tener siempre en cuenta dos movimientos: de una parte es necesaria una continua profundización de los valores culturales propios; de otra es preciso no perder nunca de vista la tendencia innata de toda cultura hacia los valores humanos universales. Es probable, como afirman los semánticos y hermeneutas; que para la, humanidad no exista un lenguaje universal. Sin embargo, el contenido expresado por el lenguaje, en cuanto se refiere a elementos y exigencias universales, tiene como fundamento la común naturaleza humana y dirige a los hombres hacia su único destino.

Sobre esta base es posible también que la Palabra de Dios, que se dirige a todos los pueblos y la cultura de ésta a todos los hombres, pueda alcanzar a todos los que estén dispuestos a recibirla. La revelación del Dios-Amor, del hombre creado a imagen de Dios, del pecado y de la redención del hombre en Cristo y su elevación a la dignidad de hijo de Dios, son verdades y hechos que hablan a todos los hombres y todas las culturas pueden tener una apertura a ellas. La GS sigue este camino: "es la persona del hombre la que hay que salvar. Es la sociedad humana la que hay que renovar. Es, por consiguiente, el hombre, pero el hombre todo entero, cuerpo y alma, corazón y conciencia, inteligencia y voluntad, quien centrará las explicaciones que van a seguir" (GS 3). Este es también al fin de todas las culturas; en esto manifiestan su grandeza y, en ocasiones, también sus deficiencias. "Al proclamar el Concilio la altísima vocación del hombre y la divina semilla que en éste se oculta, ofrece al género humano la sincera colaboración de la Iglesia para lograr la fraternidad universal que responda a esa vocación" (GS 3).

Conclusión

Cultura y culturas, es decir, cultura humana universal y culturas particulares permanecerán siempre en tensión. Pero en tensión fecunda. Del dinamismo de esta tensión surge en la humanidad una nueva fuerza creadora.

En el contexto de esta tensión se sitúa también el problema que agita más al mundo actual: el desnivel en el ritmo del desarrollo. Los antiguos institutos sociales tradicionales sucumbían bajo el peso de la invasión de la nueva civilización. Los individuos, con miras a mejorar la propia situación, abandonan a menudo las antiguas fuentes de su cultura como incapaces de dar un sentido a la vida en sus nuevas condiciones de existencia. Sin embargo, al abandonar los valores de su propia cultura, no encuentran en la inmensa agitación social los valores de la cultura humana universal.

Por este motivo es tan importante para la humanidad que las culturas locales se promuevan, sean revalorizadas, se hagan capaces de asimilar las innovaciones de la civilización, permaneciendo fieles a los verdaderos valores que tenían ya en ellas. El esfuerzo por el desarrollo en el mundo actual puede ser eficaz y humano, y elevar al hombre, siempre que el progreso técnico y las transformaciones sociales conexas con él, vengán integradas en' las culturas particulares que, a su vez, conducen a los hombres a los valores de la verdadera cultura humana.

Tradujo y condensó: RAIMUNDO NEGRE